

COSTUMBRES CUBANAS DEL PASADO

LA CALLE DEL PRADO

Por LUIS BAY SEVILLA



Esta fotografía que data del año 1902 nos ofrece un interesante aspecto de un paseo de Carnaval cuando no se había generalizado todavía en La Habana el uso del automóvil.

CON motivo de las obras de embellecimiento que en los finales del siglo XIX realizara en el Paseo del Prado el entonces alcalde de La Habana don Antonio Quesada, nuestras familias distinguidas comenzaron a frecuentar en horas de la tarde aquel paseo en tal forma, que llegó a constituir un verdadero desfile de bellezas.

El Paseo del Prado se convirtió en lugar preferido de las personas ricas, concurriendo algunas familias en sus coches y muchos caballeros manejando ellos mismos los briosos animales que tiraban de sus coches. Los viejos de hoy tienen que recordar la figura atractiva y simpática de P. Pablo Guilló, manejando su dog-car; la arrogante presencia de don Gustavo Bock, guiando la briosa pareja alazana que tiraba de su lujoso coche, y la respetable y atractiva figura de don Miguel G. de Mendoza, que paseaba siempre llevando a su lado, satisfecho y feliz, la silueta aristocrática de su hija Margarita, aquel ángel de pureza y de dulzura, cuya prematura muerte tan hondo duelo causó en esta sociedad. Muchas tardes don Miguel y su hija abandonaban el carruaje en Prado y Neptuno, con el propósito, según él decía, de hacer un poco de ejercicio, caminando ambos por el centro del Paseo hasta la Calzada de San Lázaro, donde nuevamente tomaban el vehículo y continuaban el paseo.

El recorrido que entonces hacían los coches era el siguiente: Prado, Reina, Carlos III hasta la Quinta de los Molinos, regresando por esta misma calle, tomando Prado, San Lázaro hasta Belascoaín y regresando por San Lázaro hasta Prado. En los días que no eran de fiesta, el cordón llegaba solamente hasta Prado y Monte, tomando por la acera

opuesta de Prado a San Lázaro, regresando por esa calle al llegar a Belascoaín.

Igualmente paseaban por el Prado en magníficos vehículos, manejando ellos también sus animales, los señores Francisco Tabernilla, Ramón Pío Ajuria, Miguel Alvarado, Jesús María Trillo y un grupo de jóvenes, entre quienes figuraban Luis Rabell, Julio Blanco Herrera, Orlando Morales, Juan y José Narciso Gelats, Ernesto Sarrá, Federico Morales y algunos más.

También se veían casi todas las tardes en sus lujosos «vis-a-vis», a la marquesa de Larrinaga, las condesas de Lombillo y de Santa María de Loreto, «Lola» Valcárcel, Mercedes Touzet de Crusellas, Amalia Zúñiga de Alvarado, Eugenia Herrera viuda de Cantero, Rosalía Abreu y muchas más. Igualmente concurrían algunos caballeros montando magníficos ejemplares: el doctor Claudio González de Mendoza, que se le veía sobre un caballo alazán de linda cola; «Colin» de Cárdenas, siempre en magníficos caballos criollos, con lujosa montura; Andrés Hernández, «Pancho» Tabernilla y Genarito de la Vega, los tres montando magníficos animales criollos con valiosas monturas, confundándose muchas veces entre ellos, dos jovencitos, casi niños todavía, montando pequeños ponys: «Panchito» Tabernilla y Raimundito Menocal, el primero actualmente brigadier retirado de nuestro Ejército, y el otro abogado fiscal de la Audiencia de La Habana y director del magnífico semanario «El Siglo».

Y ya que escribimos sobre coches y caballos, hay que citar el tilbury tirado siempre por briosas bestias en que paseaba Mr. Fred Wolfe, dedicado como Mr. William Reading, al negocio de caballos.



La Fuente de Neptuno en el año 1881 fué emplazada en el Paseo del Prado esquina a Refugio, en cuyo lugar estuvo hasta que se la trasladó para el parque de La Punta

Durante las fiestas de Carnaval y principalmente el «Domingo de Piñata», el Paseo del Prado era el centro de reunión de la más exclusiva aristocracia habanera, disfrutando de esos paseos, que llegaron a ser famosos, casi todas las familias. Como algunas poseían «breaks», concurrían animadamente a esos paseos, ocupado algunos por parejas de señoritas y jóvenes, y otros, por señoritas exclusivamente. El que pertenecía a don Luis Estévez y Romero, generalmente lo manejaba Pedro Pablo Guilló, y el de doña Rosalía Abreu viuda de Sánchez Toledo, muchas veces era conducido por el doctor Eugenio Cantero Herrera; el de don «Pancho» Tabernilla, casi siempre era manejado por él, aunque en ocasiones se veía conduciéndolo al coronel Andrés Hernández. Don Miguel Mendoza guiaba el suyo y también don Perfecto Lacoste y el doctor Miguel Alvarado, quienes, en ocasiones, daban las riendas a sus cocheros.

Y para completar estos recuerdos inolvidables de mis días juveniles, mencionaremos también dos coches que entonces se veían por las calles de esta capital, y muy raras veces por el Paseo del Prado en tardes de paseo, ocupados siempre por sus propietarios: el «coupé» del conde de Casa Romero, que vivía entonces en una casa situada en Zulueta y Tro-

cadero, donde hoy existe el Hotel Sevilla, y el del doctor Ramón C. Echevarría, que era médico del Obispado de La Habana con muy buena clientela, quien invariablemente vestía de levita y sombrero de copa.

o o o

El establo de coches de Mr. William Reading, situado en Prado entre Refugio y Colón, era un lugar muy frecuentado por los aficionados a los caballos, no sólo porque en aquella casa siempre existían ejemplares valiosos, que Mr. Reading importaba de los Estados Unidos, sino porque este hombre era un gran conocedor de cuanto se relacionaba con esos animales.

Allí iban con frecuencia «Colín» de Cárdenas, Pedro Pablo Guilló, Ramón Pío Ajuria, Miguel Mendoza, Gustavo Bock y Federico Morales y Santa Cruz, muchas veces este último acompañado de su hijo René a quien Mr. Reading llegó a tomar buen afecto, obsequiándole en una ocasión con un caballo, que fué el primero que tuvo René, llegando Mr. Reading a ser un excelente amigo de don Federico y de sus hijos.

Cuando la quilebra de la Caja de Ahorros del Centro Asturiano, Mr. Reading, que tenía allí depositada una fuerte cantidad, aceptó como compensación terrenos a censo en el barrio del Vedado, en-

→ Reading

3

tonces en formación, terrenos éstos que la mayoría de los accionistas y depositantes rehusaron y que poco tiempo después llegaron a tener un gran valor. Mr. Reading que era nativo de Irlanda, falleció en esta capital siendo ciudadano de los Estados Unidos. Sus herederos fueron dos sobrinos aquí residentes y no los hermanos René y Federico Morales, como erróneamente dije anteriormente. También heredó a Mr. Reading don Ramón Pío Ajuria, a quien aquél dejó un legado en tierras.

En la calle del Prado contiguo a la casa que ocupaba el conde de la Mortera, vivió el doctor Rafael Chaguaceda, dentista español que logró hacerse de una gran clientela. Tenía Chaguaceda una única hija nombrada Gracia, que era una

encantadora jovencita de arrogante figura, ojos claros y de blonda y bellísima cabellera.

Atravesando al calle de Colón, en la esquina opuesta a la del cine, estuvo durante más de cuarenta años una bodega, que era la única que existía en la calle del Prado.

Junto a este edificio, residió en los comienzos de este siglo la familia del señor Aurelio Moreyra. El hijo mayor, nombrado como él, marchó a la Revolución y unido a las fuerzas del generalísimo Máximo Gómez hizo toda la campaña, regresando a La Habana con la estrella de comandante en sus hombreras. Hecha la paz, casó con la señorita Carolina Pruna, teniendo por hijos a Manuel, María Julia y Ricardo, este último distinguido arquitecto, casado con la señorita Graziella Bandini.

En la casa contigua a la de los Moreyra, vivía en aquellos días la familia del señor José Carlos Díaz, que desempeñó hasta su muerte, ocurrida hace pocos años, el cargo de jefe de la Sección de Registros de la Propiedad del Ministerio de Justicia.

Pasada la esquina de Refugio, se inicia la cuadra con la casa que ocupó un antiguo y muy rico hacendado cubano, el señor Ramón Balsinde, propietario del Central San Ramón, ubicado en el término municipal del Mariel. Uno de sus hijos nombrado como él, casó con doña Rosario Arocha, naciendo de esta unión Ramón, Francisco, Humberto, Mercedes y Gustavo, este último casado con la señorita Esther G. Menocal, hija del coronel del Ejército Libertador don Pablo G. Menocal, hermano de Mario, ingeniero civil, mayor general del Ejército Libertador, ex Presidente de la República y figura gloriosa de la epopeya libertadora de 1895, desaparecida cuando más necesitaba Cuba de su gran talento, de su patriotismo y de su clara visión para enfocar los problemas nacionales.

En esa misma cuadra vivía una familia muy arraigada a nuestra historia revolucionaria, el señor Bernardo Domínguez, hombre de gran significación social, casado con doña «Lola» Roldán, cuya vida

entera la consagró esta noble mujer a beneficiar la Casa de Beneficencia y Maternidad de esta ciudad, y a mejorar las condiciones de miseria que allí prevalecían en los primeros años de nuestra independencia.

Hijos de este matrimonio fueron «Panchón», famoso médico, profesor universitario, miembro del Ejército Libertador y ex ministro de Instrucción Pública, casado con doña Tecla Bofill, quien desarrolló con éxito, en París, una intensa campaña en defensa de nuestro Carlos Finlay, tendiente a demostrar hasta la evidencia, que fué este médico cubano, el glorioso descubridor de que la fiebre amarilla se trasmite por la picada de cierta

especie de mosquito, gloria que, malévolamente trataron algunos de arrebatarle; Guillermo, el segundo de los hijos, fué abogado y catedrático de Literatura Española de nuestra Universidad; Alfredo, médico notable, casado con la señorita Amelia Rivero, y padres del ingeniero Alfredo Domínguez, que casó con la señorita María Antonia Bonnet.

Junto a los Domínguez Roldán, vivía a fines del pasado siglo, un alto funcionario de la carrera judicial, el licenciado José Martínez, que era juez de Primera Instancia de La Habana y que murió de una fulminante apoplejía al conocer la noticia de la derrota de la escuadra española que mandaba el almirante Cervera, en aguas de Santiago de Cuba, en combate con la escuadra norteamericana al mando del almirante Sampson. Este hombre era tan exaltado, que iba por las tardes a los arrecifes del litoral, y al ver en el horizonte las siluetas de los barcos norteamericanos que bloqueaban La Habana, monologaba en ocasiones, en alta voz, diciéndoles: **Acérquense, comedores de tocino, que van ustedes a saber lo que es España.**

En la casa contigua a ésta, residía el brillante abogado licenciado José Bruzón, figura intelectual de gran relieve del Partido Autonomista. Colindando con la de Bruzón, estaba la casa de la familia del doctor J. Calderón, persona honorable y abogado de brillante porvenir, que laboraba profesionalmente en el bufete del licenciado Bruzón, muerto en plena juventud a los 35 años de edad, víctima de la fiebre tifoidea, que era entonces una enfermedad endémica en Cuba. Una hija suya nombrada Graciela, contrajo matrimonio años después, con el señor Edelberto Carrerá, ex presidente de los Rotarios habaneros y empresario de varios cines de esta capital.

En esta misma cuadra y durante las horas de la tarde, solía reunirse en el centro del paseo del Prado, sentados en sillas que llevaban desde sus casas, un grupo de conocidas personas de la colonia, que discurrían, muchas veces acaloradamente, sobre los problemas políti-

4

cos de entonces. Formaba parte de ese grupo el intransigente y recalcitrante funcionario don José Vargas, jefe político del barrio de La Punta, que desempeñaba en aquellos días el cargo de teniente de alcalde de esta ciudad. Su nombre aparecía frecuentemente en los diarios capitalinos elogiado unas veces y atacado otras. Esos diarios, en sus críticas y elogios, usaban la frase que más tarde se popularizó de **que lo averigüe Vargas.**

En los días coloniales, las inmoralidades administrativas se calificaban jocosamente con la palabra «chocolate». En la época republicana, lo sabemos todos, se les dice «chivo».

Mu. set 13/47



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA